



"LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS"

TERCER PREMIO

LA ILUSIÓN ES LA CURA

NAIRA P.S.- 12 AÑOS



LA ILUSIÓN ES LA CURA

1940 un año después de la Guerra Civil, todos pensábamos que lo peor ya había pasado, pero nos equivocamos. Mi nombre es Valeria Sanz y esto no es ningún cuento de hadas, sí no el principio de una historia que hizo que mi vida tuviese un gran cambio. Cuando empezó la guerra yo solo tenía 12 años, una época llena de destrucción, de casas hundidas, de pérdidas humanas, mi familia lo paso muy mal, nos quedamos sin un hogar, sin comida para llevarnos a la boca, ... pero aun así éramos felices. Un día mi hermano pequeño Diego se puso enfermo, nunca había visto esa enfermedad, era muy extraña, Diego era un niño muy feliz, divertido, listo, juguetón y nunca estaba quieto, en cambio ahora no se movía, no comía y no salía a jugar con sus amigos, tenía todo el cuerpo pálido, como si fuese un vampiro. Mi familia y yo estábamos muy preocupados, uno de los médicos de la ciudad vino a casa a verle, pero por más que miro a mi hermano no supo que es lo que tenía, es más ni un solo médico de la ciudad lo sabía. Entonces me empecé a asustar, todo era muy extraño y mis padres se empezaron a alejar de él al igual que yo, pensamos que podría contagiarnos, dormía muy lejos de nosotros, mi madre le dejaba la comida a un lado de la cama, en aquella pequeña habitación, Diego no paraba de toser, parecía como si le faltase el aire, como si unas manos enormes apretaran fuerte su cuello y no le dejase respirar. Poco a poco, las calles del barrio empezaron a estar vacías, todos aquellos niños que antes corrían jugaban y reían empezaron a enfermar como Diego, aquel barrio se convirtió en un lugar vacío, oscuro y triste.

Una noche decidí ayudar a mi hermano, me acerque a la mesa de madera que estaba en la cocina y cogí una vela, con mucho cuidado empecé a examinar a Diego, estaba ardiendo, su cara parecía uno de esos tomates que antes mi abuelo cogía en el huerto, desprendía tanto calor como la hoguera que nos acompañaba en la cocina en los fríos días de invierno, abrí su boca con una cuchara, mire detenidamente su lengua, su garganta, en ella encontré una membrana gruesa y gris que la recubría, me dijo que le dolía mucho, que no podía respirar, su cuello estaba hinchado, su nariz se llenaba de mocos espesos, su cuerpo temblaba, le coloqué unos paños de agua fría en la frente, en el pecho, quería que su calor se fuese, pero no lo conseguí. Pasaron los días y nada se podía hacer, Diego se fue apagando, a pesar de que yo me negaba a perderle.

Necesitaba descubrir que podía hacer para ayudar a Diego y a todos aquellos niños, estaba cansada de que por ser mujer no pudiera hacer nada, pero esta vez iba a luchar por todas aquellas vidas que estaban en peligro. Poco puede hacer, era tan solo una niña, una niña asustada que no tenía medios para encontrar la solución a tanta enfermedad. La guerra había dejado mi mundo derrumbado, pocos podíamos ir al colegio, mucho menos las niñas que teníamos que quedarnos en casa ayudando y

trabajar duro para que papá y mamá pudiesen trabajar y con su dinero tener algo que llevarnos a la boca, un mundo difícil para todos, pero en especial para mí. Diego se fue, nada pudimos hacer por él, me prometí a mí misma que jamás perdería a nadie cercano a mí, que me llenaría de ilusión y encontraría la manera de aprender, descubrir y curar.

Durante los 3 siguientes años me convertí en una buscadora de libros, de material científico, de cualquier chisme que me ayudase a encontrar la causa de aquella enfermedad que se llevó a mi hermano y a muchos niños más. Salía por las noches de hoguera en hoguera, en ellas se amontonaban multitud de libros de grandes pensadores y científicos, que plasmaron sus conocimientos para todos nosotros. En una de aquellas noches a través de las llamas ví la silueta de una persona, llevaba una gorra de color negro y una camisa de cuadros que se difuminaban con el humo. Se dirigió a mí y me pregunto que hacía allí, estuve a punto de salir corriendo, pero pensé que podría ser como yo, que quizás buscaba lo mismo. Y no me equivoque, su nombre era Leo, tenía el pelo negro y unos bonitos ojos verdes, él también buscaba una solución en los libros, en aquellos libros que salvábamos de las llamas.

Cada noche encontrábamos más material para poder aprender y descubrir cual era aquella enfermedad que no dejaba de llevarse a todos esos niños. En uno de esos libros, descubrimos que en el siglo VI a.c, Hipócrates un médico de la Antigua Grecia detectó una enfermedad similar a la que estábamos pasando nosotros, la llamo difteria, esta enfermedad apareció en otras épocas, pero nunca fue tan grave como ahora.

Pasaron las semanas y Leo empezaba a desanimarse, pero yo no me iba a rendir, si no podía seguir sacando respuestas de los libros, empezaría a buscar cual era la causa de todos los contagios, busque niños enfermos y les pregunte donde habían estado, con quien, cuando, ... poco a poco fui consiguiendo mucha información que coincidía con casi todos los niños, todos jugaban en una casa medio hundida que se encontraba en las afueras de la ciudad. Tenía que ir allí, me cubrí la boca y nariz con un pañuelo, me puse unos guantes que encontré en un cajón de la mesilla de mi madre, conseguí unos tarros de cristal para coger unas muestras dentro de aquella casa fantasma. Allí todo estaba oscuro, encendí una vela mientras subía las escaleras, llegué a una habitación, era un antiguo laboratorio, todavía quedaban en aquel lugar algunos de los materiales que necesitaba para mi investigación, probetas, unos tubos de ensayo, una rejilla y lo más importante un pequeño microscopio. En los siguientes días hice de aquel laboratorio mi lugar de trabajo, allí estaba el problema y la solución de todo. En las muestras que fui tomando descubrí cual era la bacteria que producía la infección y como destruirla.

Y así fue como, a pesar de vivir en una época en la que las mujeres eran consideradas inferiores, yo Valeria Sanz descubrí una vacuna que hizo que los niños de mi mundo no dejaran de jugar ni perder su mágica sonrisa. Sólo espero que esta historia llene las aulas y laboratorios de mujeres que con su esfuerzo y conocimientos formen parte de una vida en la que todas las enfermedades se puedan curar.

Por cierto, si os estáis preguntando que fue de mi compañero Leo, aquel muchacho con gorra negra y camisa de cuadros, os diré que en todo momento me acompañó en mi búsqueda, que con todo su apoyo y nuestra gran ilusión mi duro camino se hizo más fácil.

CONTINUARÁ ...

